

Washington...

El hombre al frente de una CASA grande

Isabella Recio-José J. Carmona
Corresponsales en Washington DC

En uno de los días más calurosos del mes de julio en Washington DC, unas mil personas se concentraron en Lafayette Square para exigir al presidente Barack Obama detener las deportaciones e impulsar la reforma migratoria.

Según lo acordado 12 de los manifestantes se sentaron muy cerca del perímetro de seguridad del patio norte de la Casa Blanca en declarada desobediencia civil. Por negarse al pedido de retirarse de la Policía Federal de Parques, el grupo fue arrestado. Entre ellos se encontraba el representante Luis V. Gutiérrez y Gustavo Torres, el director ejecutivo de Casa de Maryland.

Un hombre que “está en todas partes y en ninguna, como el aire [...]”, escribió recientemente el destacado periodista de la Revista del Washington Post, David Montgomery. Torres, quien se siente orgullosamente colombiano, es un hombre de inteligencia impredecible, dice lo que piensa sin medias tintas y realiza lo que se propone. Por eso Casa de Maryland aparece con frecuencia en las noticias como organización eje del movimiento pro inmigrante en el estado de Maryland.

Lo que hace desde su posición en Casa “es una

combinación de vocación, la oportunidad que me brindaron y las raíces de Colombia”, dijo a Colombia Hoy aludiendo a haber crecido en tiempos de conflictos sociales, políticos y económicos arraigados. Cultivó su activismo por las causas sociales desde la época de sus truncados estudios de Leyes en la Universidad de Antioquia.

Hombre de retos y desafíos

Nació en Yarumal, Antioquia, y creció en una familia de 15 hermanos. Su madre se levantaba a las tres de la mañana para hacer arepas o empanadas y “todos teníamos un oficio qué hacer y contribuíamos con el hogar. La verdad, yo odiaba moler el maíz, me sentía mejor vendiendo”, recordó. De sus padres recibió la influencia de ayudar a los más necesitados en una década de conflicto interno y crisis económica en la que muchos colombianos dejaron el país para salvar la vida.

De hecho, dos meses después de viajar, asesinaron al menor de sus hermanos, a la edad de 19 años.

A su paso por Centroamérica camino a Estados Unidos desempeñó varios oficios, entre ellos el periodismo. “Cuando llegué a DC, como cualquier inmigrante, trabajé de jornalero, arreglando y pintando casas, y una vez no me pagaron”. En 1991 asumió el reto de empezar en Casa de Maryland como coordinador de empleo y organizador comunitario, al tiempo mejoraba su inglés en una escuela.

En 1994 aceptó el desafío de aplicar como director ejecutivo, oportunidad que también ganó en una

época en que la pequeña institución avizoraba la expansión. La recibió con 5 empleados que apenas 9 años atrás laboraban en una casa remolque, y hoy un staff de 120 personas trabajan en siete centros donde 20 mil inmigrantes y refugiados que tocan a su puerta cada año son bienvenidos. Aunque provienen de diversas naciones, la mayoría son hispanos.

“En el área de Maryland, el DC y Virginia, hay 1 millón de inmigrantes latinos y medio millón de otras nacionalidades. La comunidad salvadoreña es la más grande con un 15%, luego la comunidad de la India, 10%; la guatemalteca con 8%, y la colombiana con el 4%. En los tres estados aledaños, residen entre 40 a 50 mil colombianos”, señaló Torres.

Considera que su mayor contribución como director fue “acercarme a gente muy brillante, tanto inmigrantes como ciudadanos de este país y trabajar con ellos para iniciar el cambio del modelo de la organización”. Opina que Casa estaba más orientada al servicio social, y aunque sabe que es importante y lo siguen haciendo, sintieron que había que dar poder a la gente.

Sin dejar de lado las clases de inglés, español, alfabetización, representación legal, crearon un departamento de abogacía y organización comunitaria para luchar por los derechos de la comunidad: la reforma migratoria, la salud, o por el Dream Act.

Anfitrión muy colombiano

Torres ya cumplió 20 años de vivir en el DC pero de Colombia lo extraña todo: “la cultura, la comida, la arepa, la gente, las montañas, el verde, el aire, el olor”, recuenta con nostalgia fidedigna. Y con una gran sonrisa afirma que rejuvenece cada vez que vuelve a Colombia.

Define como su prioridad impedir que detengan el Dream Act aprobado para Maryland, además de presionar a la Casa Blanca para que no deporten inmigrantes honestos. “Un millón deportados en dos años y ocho meses de administración es inaceptable, por eso marchamos frente la Casa Blanca, hicimos desobediencia civil y nos arrestaron hace unas semanas”, recordó.

Para relajar el peso y las tensiones de ser el anfitrión de esta casa grande de Maryland, juega al fútbol cada 8 días con un equipo de amigos a una hora en que no suenan los teléfonos: las 10 de la noche. “Le doy patadas a todo el mundo y con eso descargo toda la energía”, dijo antes de confesar que ante que todo, lo equilibra el amor de su esposa y compañera, la bogotana Sonia Mora.

